

HAYEK: EL CAMINO DESDE LA SERVIDUMBRE*

John Gray

Largamente recordado por sus colegas de la profesión como un economista doctrinario e incluso como un maniático, Friedrich A. Von Hayek fue vindicado en su contribución principal a la teoría económica, la crítica de la planeación central socialista, no por el Premio Nobel en Economía que recibió en 1974, sino por la misma historia. Hayek siempre había argumentado que la planeación central socialista se convertiría en malas inversiones y pobreza, porque los planificadores enfrentan un problema de conocimiento acerca de sus recursos disponibles y de los costos de sus diferentes usos que, en ausencia de precios de mercado, se vuelve irresoluble. Durante décadas en el aislamiento, cuando sus colegas exageraban consistentemente la productividad de las economías comunistas, Hayek con insistencia argumentaba que éstas estaban destinadas por su propia naturaleza a ser dispendiosas y caóticas. Las revelaciones de la *glasnost*

*Este artículo se publicó en *National Review*, vol. 44, no. 8, Nueva York, abril 27, 1992, pp. 32-37. Traducción por Víctor Alarcón Olguín.

y la evidencia que surge de la reunificación alemana son corroboración dramática de una verdad por la que Hayek clamó en términos puramente teóricos.

El trabajo de Hayek en diversas disciplinas comprende una teoría del gobierno, la economía de mercado y de la historia que es, a su manera, tan sistemática y tan ambiciosa como la de Karl Marx. Uno de los elementos más originales dentro del sistema de ideas hayekiano es su concepción de la economía misma y de la función de las instituciones de mercado. Para Hayek, la economía no es un esquema de creación de riqueza, o *plutología*. Más bien, la economía es el estudio de la coordinación no planeada de las actividades humanas mediante los procesos del mercado, cuya función no es asignar recursos escasos como el capital o la materia prima, sino economizar en el más escaso de todos: el conocimiento humano.

Para Hayek, las instituciones del mercado son *recursos epistémicos* —medios por los cuales la información que es diseminada acerca de la sociedad y conocida en su totalidad no puede ser utilizada de inmediato por todos al estar expresado en precios. Desde esta concepción del papel de los mercados es que Hayek deriva su argumento más poderoso acerca de la imposibilidad de una planeación central exitosa. Aun si los planificadores son enteramente desinteresados, ellos serán incapaces para reunir centralizadamente la información —a menudo efímera y local, y en ocasiones condensada en habilidades tradicionales y percepciones empresariales— que necesitarían para asignar recursos y coordinar actividades de manera eficaz.

Aquí el conocimiento de Hayek es verdaderamente profundo. Se aferra a que el problema que las instituciones centralmente planeadas no pueden resolver, no es (como su mentor Ludwig Von Mises supuso) sólo un problema de cálculo, sino más bien uno de conocimiento. Debido a que el planificador no puede conocer los costos relativos y la escasez, la economía planificada efectivamente será caótica y enormemente dispendiosa. Esta es la explicación real para la pobreza de todas las economías dirigidas y socialistas. Su pobreza no fluye de las tradiciones culturales, o de la carencia de trabajo ético, o de su sometimiento de la gente; emana del he-

cho que las instituciones planificadoras no pueden apropiarse de la información dispersa que está expresada bajo precios de mercado, y por tanto no saben cómo lograr eficazmente sus objetivos. Cuando las economías centralmente planeadas logran sus fines, al menos como lo hicieron parcialmente en el sector militar estratégico soviético, es mediante un costo masivo innecesario, en lugar de la introducción de instituciones que estimulen la competencia de mercado.

El gran logro de Hayek fue mostrar, en oposición a economistas socialistas como Oskar Lange y A. P. Lerner, que los intentos para estimular las instituciones de mercado y que atraviesan a economías enteras están destinados a fracasar, debido a los insolubles problemas de conocimiento —aunque no prosiguió para demostrar que la concentración o conducción de las instituciones de mercado (como en Japón o Corea del Sur) está condenada a permanecer igualmente limitada por problemas de conocimiento similares.

La concepción general hayekiana de la ciencia económica y su visión de los mercados como recursos epistémicos son, con toda certeza, más importantes y perdurables que sus contribuciones a la teoría económica técnica, aunque estas últimas tienen un interés considerable por sí mismas. Quizá su trabajo más importante estuvo en la teoría del ciclo de negocios, por la cual se explican las recesiones no en términos de deficiencias en la demanda macroeconómica, sino en referencia a los desórdenes en el nivel microeconómico producidos por la política monetaria inflacionaria.

Hayek desarrolló esta idea en cátedras dadas en la London School of Economics, y que luego las convertiría en libro: *Precios y producción*, el cual de inmediato le colocó como un gran pensador económico. Su explicación de las recesiones en tanto consecuencia inevitable del desorden inflacionario inducido, tuvo obvia relevancia para la política pública de su tiempo en Gran Bretaña, porque implicaba que no podía esperarse que funcionaran las acciones dirigidas a relanzar la economía, como obras públicas o el déficit financiero, y que el gobierno debía simplemente permitir que las fuerzas deflacionarias siguieran su curso. Por supuesto, esto era muy contrario a la visión entonces apoyada por John Maynard Keynes,

amigo personal y antagonista de Hayek. Cuando Keynes publicó su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* en 1934, hubiera sido natural para Hayek someterla a su criticismo sistemático, pero al encontrar que Keynes había alterado algunos de sus puntos más técnicos, Hayek desistió en atacarla —un serio error de juicio, como admitió más tarde, dado que eso ayudó a asegurar el dominio de la economía keynesiana en Gran Bretaña durante bastantes décadas.

Sin embargo, Hayek trabajó en teoría monetaria y política, publicando *Nacionalismo monetario y estabilidad internacional* en 1937, en donde argumentó en contra del régimen de libre flotación cambiario después defendido por Milton Friedman y demás miembros de la Escuela de Chicago, así como en favor de un reemplazo del patrón oro —sea en la forma de tasa de cambio arreglada o una tasa de interés internacional general. Las diferencias de Hayek con la Escuela de Chicago, tanto metodológicas y filosóficas, eran profundas, dado que él rechazó la Teoría Cuantitativa del Dinero (excepto quizás como una ficción conveniente) y sostuvo que el dinero no podía ser adecuadamente medido o controlado. El escepticismo hayekiano acerca de la teoría macroeconómica y la econometría atraviesa por lo que es quizá su pieza maestra en economía: *La teoría pura del capital*, que fue publicada en 1941, pero que pasó virtualmente desapercibida. Este libro marca el final del trabajo hayekiano en la teoría económica pura y (al menos hasta finales de los años setenta y principios de los ochenta) de su influencia como economista.

Fue después de su publicación que Hayek comenzó la segunda fase en su larga carrera intelectual, que culminó en el desarrollo de sus ideas distintivas del orden social espontáneo y la evolución cultural. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial publicó el libro que de golpe lo hizo famoso (aunque no, por desgracia, rico) y que garantizó que pudiera invertir décadas en el aislamiento: *El camino hacia la servidumbre*. Este pequeño volumen (descrito por el gran filósofo conservador Michael Oakeshott como un “brillante panfleto”) no podría haber ido más allá en contra del espíritu de la época debido a que argumentaba que la intervención del gobierno en la economía de mercado, junto con las medidas asistencialistas como las propuestas en el Reporte Beveridge, eran inheren-

temente injuriosas para la libertad individual y, en efecto, incipientemente totalitarias. Hayek argumentó poderosamente que los dominios francos del mercado y las libertades clásicas del individuo eran factual y lógicamente inseparables, así que la convicción socialista democrática de que la economía podía ser planeada sin la pérdida de libertades personales era incoherente, utópica y peligrosa. El efecto del libro —elogiado por Keynes y reseñado no del todo desfavorablemente por George Orwell— fue de que Hayek estuvo etiquetado como un atávico reaccionario, y su trabajo en filosofía social fue relegado y descalificado durante décadas. En parte, la reacción a su libro en Gran Bretaña fue lo que animó a Hayek a trasladarse a la Universidad de Chicago en 1950, y ocupar allí una cátedra, no en economía sino en pensamiento social, y que era patrocinada no por la universidad, sino por una fundación privada conservadora.

Los años de Hayek en Chicago fueron de extraordinaria creatividad. En 1952 publicó su tratado sobre psicología filosófica: *El orden sensorio*, en donde la visión empiricista británica observa que nuestro conocimiento del mundo que viene de la información que recibimos vía los sentidos, es rechazado en favor de una visión kantiana modificada en donde el orden es impuesto sobre nuestras sensaciones mediante categorías mentales innatas (pero para Hayek alterables a través de la evolución). De nuevo en Chicago, Hayek publicó su pieza maestra en filosofía política: *La constitución de la libertad* (1960), probablemente el planteamiento de doctrina liberal más importante desde *Sobre la libertad* de John Stuart Mill, que fue publicado justamente casi un siglo atrás, en 1859.

En *La constitución de la libertad* es que por vez primera aparecen alusiones a las ideas del orden social espontáneo y la evolución cultural que lo ocuparían por el resto de su vida, aunque en 1952 había publicado un libro: *La contrarrevolución de la ciencia*, en donde había criticado el “racionalismo constructivista” de la ciencia positivista. Por *constructivismo* Hayek designaba aquella forma de racionalismo, inaugurada por Descartes e identificada por Hayek con la Ilustración y la Revolución Francesas, que estigmatiza como irracional toda creencia y práctica que no pueden ser demostrativamente justificadas, y que apunta hacia una reconstrucción comprehensiva de la vida social. En contra de este racio-

nalismo Hayek coloca otro, el de la Ilustración Escocesa, que asume una visión modesta de la razón humana y reconoce la sabiduría encarnada en las tradiciones heredadas.

Aunque siempre rechazó que fuera un filósofo conservador, la visión de Hayek de las tradiciones como depositarios del conocimiento tiene mucho en común con la de Edmund Burke. Sin embargo, si en Burke esta visión tiene su base en una interpretación cristiana providencialista de la historia humana, es en Hayek que obtiene una secular afirmación darwiniana. Es en *La constitución de la libertad* donde Hayek por primera ocasión ofrece una sistemática e inequívoca voz a este darwinismo cultural. Su tesis era de que los grupos o tradiciones se alistan en una competencia donde tienden a prevalecer aquéllos con prácticas y creencias que tienen superioridad darwiniana. De acuerdo a ello —como Hayek lo estableció en su último trabajo: *La fatal arrogancia*—, hay una suerte de selección natural de religiones en donde aquéllos que favorecen la propiedad privada y la familia, y por añadidura promueven la fertilidad, suplantarán a aquéllos que no lo hacen. En ocasiones, dentro de *La constitución de la libertad* y más explícitamente en sus últimos trabajos, como en los tres volúmenes de *Derecho, legislación y libertad*, Hayek está cercano a sugerir que las instituciones de mercado tienen una análoga ventaja evolucionista sobre las instituciones socialistas, así que la libertad económica está llamada a prevalecer.

Es también dentro de *La constitución de la libertad* que Hayek alumbraba la idea de un orden espontáneo en la sociedad. Esta no es sólo la idea de que instituciones no previstas y las tradiciones puedan ser barreras del conocimiento que sus practicantes no hubieran teorizado, sino que éste lo es en su uso para ellos. Es también la idea de que, a menos de que esté abrumada por el gobierno, la sociedad humana contiene mecanismos coordinadores y niveladores que, por sí solos, producirán e impondrán un orden más sabio y estable al que cualquier otro pudiera haber concebido. Hayek cita el desarrollo del derecho común y la evolución del lenguaje como ejemplos de órdenes que son productos de la acción humana, pero no del diseño humano.

Hayek sintetizó las ideas centrales de su pensamiento —de los merca-

dos como recursos epistémicos, de la evolución cultural y de un orden social espontáneo— para proporcionar una fundamentación teórica comprehensiva para su ideal de gobierno bajo el imperio del derecho, dirigido a la protección de la libertad individual en las esferas económica y personal. Es en esta aventurada síntesis que la debilidad aparece. La idea de evolución cultural, o la selección natural de grupos mediante sus prácticas es muy oscura: cuál es la unidad de la evolución cultural, y cuál es su mecanismo? Como el marxismo, la teoría hayekiana de la evolución cultural niega la contingencia histórica. (Las religiones a menudo mueren, no porque estén en una desventaja darwiniana frente a sus rivales, sino porque el poder estatal está empeñado en perseguirlas.) La idea de un orden social espontáneo no es menos difícil. Cuáles son los mecanismos por donde las sociedades alcanzan el equilibrio? Y cómo Hayek explica las catástrofes políticas y colapsos económicos con que la historia humana es desordenada?

En verdad, el intento de Hayek por una filosofía evolucionista o sintética que apoye los ideales políticos del liberalismo falla tal como le pasó a Herbert Spencer antes que a él. Hayek hubiera apoyado mejor su causa por un gobierno limitado sobre el fundamento ético del respeto por la libertad humana; pero en cambio, un escepticismo ético profundamente establecido, común entre aquéllos cuyos intelectos fueron formados en la Viena de la primera parte de este siglo, le indujo a buscar fundamentos para el liberalismo que fueran, en sus propios términos, “científicos”, y dieran a la ciencia una fuerza normativa que ésta no poseía.

Aunque posee este aspecto científico, el pensamiento de Hayek sigue siendo profundamente instructivo para los conservadores. Hayek reconoció que la libertad individual presupone una subyacente estructura de tradiciones y prácticas que son aceptadas, no porque satisfagan cierto nivel racionalista de justificación, sino simplemente porque son reconocidas por tener autoridad. La versión de Hayek del liberalismo clásico puede ser única porque virtualmente a diferencia de todos los demás, éste reconoce en la *hubris* de la razón a un enemigo de la libertad. La lección para los conservadores, especialmente en Estados Unidos, es clara: una sociedad libre, y si también tiene que ser estable y exitosa en renovarse a sí misma

a lo largo de las generaciones, debe ser en una medida considerable tradición limitada. O para poner el mismo punto en otra forma, a la manera de Burke, el progreso seguro depende de tradiciones fuertes. La importancia de estos postulados para los conservadores estadounidenses es profunda, en cuanto que la implicación del pensamiento de Hayek es que la tradición antinómica del libertarianismo radical con su concepción racionalista del hombre y la sociedad es antagónica a la libertad individual en el largo plazo. En concordancia, y pesar de su resistencia a ser considerado un conservador, el pensamiento de Hayek nos previene en contra del liberalismo doctrinario clásico y en favor de una posición tradicionalista mucho mayor.

No obstante que su sistema de ideas no embona completamente, el pensamiento de Hayek permanece extraordinario en su vitalidad y versatilidad interdisciplinarias.* Hizo muchas contribuciones a la vida del pensamiento —a la historia intelectual, por ejemplo— cuyo espacio sobrepasa mi escrito. Su causa por el gobierno limitado y la libertad económica tiene una cierto vacío moral que en el fondo le descalifica. Sin embargo, su examen sobre la naturaleza de las instituciones de mercado como fronteras del conocimiento —que de otra forma serían inasequibles para nosotros— y su predicción de que intentar la planeación central comprehensiva sólo acarrearía caos y pobreza son iluminadoras y hacen inteligible como nadie más lo ha hecho uno de los grandes dramas de la época, como lo es la muerte del socialismo. Este es el logro de un Hayek virtualmente solo: haber anticipado el colapso de las instituciones socialistas durante un periodo donde el espíritu de los tiempos arrojaba al aislamiento a cualquiera que dudara de la superioridad de la planeación central sobre la libertad personal.

*Como información general para el lector, desde principios de la presente década, una versión castellana de las *Obras Completas* de Hayek —inicialmente programada en 22 volúmenes— ha venido siendo publicada en España por la casa Unión Editorial (nota del traductor).